



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

F.B.

En marzo de 1986 conocí a Francisco Bernal. Entonces trabajaba como editor en El Colegio de la Frontera Norte; en correspondencia con las reglas de urbanidad, le pregunté su nombre y me contestó: "Bernal". "¿Simplemente Bernal?", insistí. "Sí, sólo Bernal". Claro que pensé que su respuesta, como suele suceder con muchos aspirantes a poetas y escritores, respondía a una pose.

Después, el trato diario me llevó a conocerlo y a entender que sus comentarios breves, ciertos y concisos eran parte de esa personalidad. Que aquella respuesta era coherente con su forma de ver y encarar la vida. De manera breve, como fue su existencia, como fue su sonrisa, como quiso que fuera su obra escrita.

Diariamente nos veíamos en el Departamento de Publicaciones. Allí, me encontraba con un grupo de amigos inteligentes: Leobardo Saravia, Carlos Martín y Gabriel Huerta. Bernal y Gabriel siempre mantenían un reto: Se trataba de ver quién podía escribir el mejor palíndroma (palabra o frase que se lee igual

de derecha a izquierda) en el menor tiempo posible. Ambos eran expertos y eso que no había Internet que permitiera la consulta inmediata.

El jueves 16 de abril recibí un correo de Ava Ordorica, su gran amiga, donde me avisaba de una misa que ofrecía Rael para su padre Bernal. No lo podía creer; en apenas dos semanas habían partido dos queridas personas: Bernal y José Simón Vargas.

"Las desgracias nunca vienen solas", reza el dicho popular. Me niego a reconocerlo, los dos en la plenitud de la vida.

Me parece que es una broma que nos quiere jugar Bernal; como las que hacía cotidianamente y luego esbozaba su media sonrisa irónica. Recurría siempre a ese fino humor negro. Tenía gran capacidad para mofarse de quienes asumían la solemnidad como estilo de vida; de los pseudo-intelectuales sin obra; de las visiones regionalistas con las cuales pretenden encubrir la mediocridad.

Siempre me pareció un personaje de la literatura inglesa. Era un escritor y poeta urbano; por eso nunca entendí un par de decisiones que tomó y que habrían de definir su vida: Aceptar la invitación de Héctor Terán Terán

para encargarse de la Dirección del Instituto de Cultura de Baja California y cambiar su residencia a Mexicali. Lo imaginé siempre en un lugar como Tijuana, nunca en la capital de la entidad.

Si su seña de identidad eran los chalecos, no lo puedo imaginar en el verano de 50 grados centígrados desplazándose por la ciudad "cuyo cielo capturó al sol"; me lo imagino sonriendo de su situación. Pero tampoco lo veo como funcionario público y al alcance de los dardos envenenados disparados por las tribus artísticas y por tanto escritor exquisito. Bernal no podía ser un burócrata; iba contra su naturaleza. Sabía burlarse, nunca ordenar. Eran un poeta inglés viviendo en el desierto.

En 1988 partí a estudiar un doctorado; en ese tiempo reinaba un ambiente de cordialidad en El Colef; cualquier pretexto era bueno para reunirnos. Se programó un festejo de despedida por los rumbos de Playas de Tijuana. Para mi sorpresa la invitación fue confeccionada en el Departamento de Publicaciones y corrió a cargo de Bernal. El documento es memorable. En ella todo el personal merece un comentario festivo, preciso que lo pintaba

de cuerpo entero.

Una mirada detenida, inteligente y afectuosa sobre los compañeros. Veinte años después, en 2008 pasé buen tiempo removiendo papeles de mi ático y me encontré con la invitación; decidí guardarla como una fotografía maravillosa de los días idos y como agradecimiento al amigo.

En 2003, por intermediación de Erika Moreno, volví a entablar contacto con Bernal: El objetivo fue la edición de un libro que abordaba el gobierno de don Héctor Terán Terán. Fue un reencuentro muy grato. Bernal salía de una primera crisis física, pero acometió el trabajo con gran responsabilidad, proponiéndome cambios, haciendo comentarios de fondo; no se detuvo en el estilo y la redacción del texto.

Fue la última ocasión que platicamos ampliamente. En aquel momento le agradecí al "diligente lector"; hoy le envió un fuerte abrazo a su hijo Rael. Bernal siguiendo las enseñanzas del viejo Lenin hizo suya la máxima clásica: "De lo bueno, poco".

El autor es analista político/investigador de El Colegio de la Frontera Norte.
correo: correocollef@yahoo.com.mx